

Lenguaje y Lengua de la Filosofía

Por Arturo Ardao

(Profesor de la Universidad de Montevideo)

El lenguaje, en su entidad genérica, plantea distintos problemas filosóficos que giran en torno a la cuestión central de sus relaciones con el pensamiento. Esos proble-

mas son suscitados ya por el lenguaje común, en sus relaciones con el pensamiento también común. Pero se acentran cuando se trata del lenguaje filosófico en sus relaciones con el pensamiento también filosófico. La filosofía del lenguaje de la filosofía, surge así como un capítulo -y sólo como un capítulo- de la filosofía del lenguaje. Y tal capítulo -en cuanto eso: un capítulo- lo es a la vez, por otro lado, de la filosofía de la filosofía.

La reflexión filosófica sobre el lenguaje de la filosofía, interesa, pues, tanto al filósofo del lenguaje desde su particular punto de vista, como al filósofo puro desde su punto de vista general. Al ocuparse ambos del lenguaje de la filosofía, el centro de interés se halla para el primero en la noción de lenguaje y para el segundo en la noción de filosofía. Parece necesario tener en cuenta esta distinción, cuando entre las cuestiones que plantea la expresión filosófica, se aborda la muy especial, no ya del lenguaje, sino de la lengua de la filosofía. Tema de la filosofía del lenguaje, lo es al mismo tiempo, y con mayor apremio, de la filosofía de la filosofía.

Para el lenguaje científico, la lengua es un factor secundario; y lo es tanto más cuanto más dicho lenguaje cumple su desiderátum de conceptualización y formulación matemáticas. Para el lenguaje filosófico, en cambio, la lengua es un factor primario; y lo es tanto más cuanto más dicho lenguaje cumple su desiderátum de aprehen-

* Especial para Tareas.

sión y comunicación directa de lo real y lo ideal. Todo lenguaje es simbólico; pero mientras el lenguaje científico progresa en la línea misma del simbolismo, matemático o no, el lenguaje filosófico progresa en la dirección contraria, por la lucha del pensamiento contra la tiranía de los símbolos. De ahí la significación que para el lenguaje filosófico ha tenido siempre el lenguaje de la conciencia natural; de ahí, también; la significación que para el lenguaje filosófico tiene la **lengua**, concreción vital, animada, histórica, del lenguaje como forma abstracta y genérica de la expresión verbal.

Los griegos, fundadores de la filosofía, fueron también, naturalmente, los fundadores de su lenguaje; y lo fueron promoviendo a la dignidad de lengua filosófica, su propio idioma nativo. No contaron para ello con modelo ni antecedente. El pensamiento helénico, en cuanto pensamiento, recibió, desde sus orígenes, dispersas influencias de otras culturas; pero su lengua, en cuanto filosófica, debió hacerse por sí misma. Durante siglos ostentó solitaria esa condición, no planteándose entonces los interminables problemas que vendrían después, de la recepción de textos filosóficos ajenos o la trasmisión de los propios, en el comercio sistemático de unas lenguas con otras. Fue así hasta el tránsito de la era pre-cristiana a la cristiana, en que se produce, de Lucrecio a Séneca, el memorable advenimiento del latín como lengua filosófica.

El latín, llamado a ser durante casi dos mil años la lengua por excelencia de la filosofía en el mundo occidental, se movió, desde el comienzo, en un juego de relaciones históricas muy diferente del que correspondió al griego. Esas relaciones se ordenan en tres grandes etapas. En una primera, de elevación, el latín mantiene relaciones de ascendencia con el griego; en una segunda, de apogeo, relaciones de colateralidad con el hebreo y el árabe; en una tercera, de declinación, relaciones de descendencia con los idiomas nacionales del Occidente moderno. Relaciones de ascendencia, colateralidad y descendencia, no, claro está, del punto de vista genético lingüístico, sino del punto de vista del desenvolvimiento histórico de la filosofía.

La primera etapa del latín como lengua filosófica, en coexistencia con el griego, se extiende desde el siglo II antes de Cristo, cuando el heleno Panecio impone en Roma el cultivo de la filosofía, hasta el siglo VI después de

Cristo, cuando en el 529 Justiniano clausuró la última escuela de Atenas, prohibiendo enseñar en lo sucesivo la filosofía en la ciudad de Sócrates. O sea, desde que Roma se abre hasta que Atenas se cierra para la filosofía. En el umbral de la Edad Media, después de un milenio de vigencia y al cabo de una prolongada agonía, el griego pasa a ser la gran lengua muerta de la filosofía occidental. Había trasfundido su sangre al latín, cuya creciente hegemonía filosófica queda entonces definitivamente consagrada en el seno del pensamiento cristiano.

La segunda etapa del latín como lengua filosófica, se extiende desde ese siglo VI en que queda dueño de la escena, hasta los siglos XVII y XVIII en que debe cederla a su vez. Conoce su punto más alto en el siglo XIII. Y este siglo es, al mismo tiempo, aquel en que culminan sus relaciones con otros dos idiomas, el hebreo y el arábico, igualmente descendientes históricos del griego desde el punto de vista en que aquí los consideramos. Por extraños que, lo mismo que el latín, sean lingüísticamente al griego, descienden sin embargo de él, lo mismo también que el latín, en cuanto lenguas filosóficas. Es lateralmente al latín que se constituyen como tales, por su cuenta, a partir de los textos griegos, desde el foco alejandrino. La coexistencia no obstó a la incontrastable primacía de aquél en la línea de la occidentalidad, solidaridad de la del cristianismo sobre el judaísmo y el mahometismo, en la misma línea. Curioso es que el latín conozca su mayor vitalidad como lengua filosófica, precisamente después de morir como lengua vulgar en los comienzos del medioevo. Muerto desde entonces como habla del pueblo, muere recién como lengua filosófica un milenio más tarde, en plena época moderna.

Comienza entonces su tercera etapa. El latín, gran lengua viva de la filosofía medieval y renacentista, se convierte a partir de los siglos XVII y XVIII en la segunda gran lengua muerta de la filosofía occidental. No lo fue sin pasar por un período, precisamente durante los siglos mencionados, de coexistencia vital con aquellos idiomas que, en cuanto filosóficos, descienden de él: francés, inglés, alemán, italiano y español, para no citar sino los principales. Desde entonces, son éstos los que cuentan como lenguas filosóficas vivas.

En sus primeros quinientos años, la filosofía se movió dentro del monismo lingüístico inicial del griego. Al ca-

bo de un largo proceso, en el que el latín llegó a ser también, en los comienzos de la modernidad, la única lengua viva de la comunidad filosófica occidental, se ha desembocado en un plurali o que no hace sino ensancharse. Se trata de un hecho grávido de consecuencias, al que no se le ha prestado todavía suficiente atención. Por lo pronto, no se ha destacado bastante lo que significó como revolución mental, no ya lingüística, el tránsito del latín a las lenguas nacionales, en el campo de la filosofía. Durante un milenio, utilizó ésta como lengua viva para ella, la que era una lengua muerta para el pueblo, y para los filósofos mismos, en cuanto integrantes del pueblo; con el condiciona miento adicional, todavía, de que era ésa la lengua eclesiástica. Por otro lado, la conversión de las lenguas vulgares en lenguas filosóficas suscita múltiples problemas, tanto bajo el ángulo de sus relaciones con las lenguas muertas, como bajo el de sus relaciones entre sí. Tanto más complejos estos últimos, cuanto que a la creciente promoción filosófica de lenguas occidentales, se añade la de las de otras comunidades, en esta era de acelerada interpenetración de las culturas. Apuntemos tan sólo la significación desde este punto de vista del ruso y el chino.

En un sugestivo ensayo titulado **Las tres filosofías**, José Ferrater Mora ha comparado la situación del siglo XX con la del siglo XIII. Después de recordar la coexistencia en éste de las filosofías cristiana, árabe y judía, encuentra que ahora coexisten también tres imperios filosóficos, con precarias relaciones entre sí: primero, Europa occidental continental, con centro en Francia y Alemania del oeste, teniendo por principal zona de influencia la América Latina; segundo, el mundo anglo-sajón, centrado en Gran Bretaña y Estados Unidos, teniendo por principales zonas de influencia, los países escandinavos, Australia y Nueva Zelanda; tercero, el universo soviético, centrado en Rusia, teniendo por principales zonas de influencia todos los países que, de una manera u otra pueden ser considerados en el espíritu de ésta. Cada uno de esos tres imperios filosóficos se distinguiría por rasgos y tendencias doctrinarias dominantes, y aún por el particular interés por cierta clase de problemas, con alto grado de desconocimiento mutuo, sin perjuicio de sus interferencias e intercambios.

Sin invalidar el agudo enfoque del filósofo español,

consideramos que hubiera sido útil hacer jugar el factor lingüístico, ausente por completo de sus desarrollos. La trilogía filosófica del 1200, cristiana, judía, árabe -a que alude- venía condicionada, tanto como por la diversidad de la religión, por la diversidad de la lengua. Hoy también, como entonces, y más que entonces, el pluralismo lingüístico obra decisivamente, en más de un sentido, sobre el destino del pensamiento mismo. Tomar conciencia de ello, por el esclarecimiento de sus condiciones internas y de sus relaciones externas, se ha vuelto imperativo para el nuestro, el pensamiento de lengua española, de España y América.